

El colibrí

Adolfo Gilly



José María Velasco, *Hacienda de Chimalpa*, 1893

“México no es sólo un país hosco y trágico”, nos dijo Octavio Paz, “sino que también es la tierra del colibrí, de los mantos de pluma, de las piñatas y de las máscaras de turquesa”.

En estos territorios se fue formando, desde decenas de miles de años, una de las pocas y grandes civilizaciones originarias, la mesoamericana; y de esta herencia y de su mezcla de culturas caminantes y fundadoras somos hoy, el pueblo mexicano, los fugaces cuidadores, enriquecedores y transmisores. Es una civilización largamente formada que en violento cruce se mezcló, hace apenas unos cinco siglos, con aquella otra cultura navegante que llegó por el mar.

Esta irrupción en aquellos andares de ese torrente de la historia humana que sólo entonces se hizo universal, dio este país donde como en ninguno —como en ninguno de este modo, digo— los dos grandes océanos se tocan, no en sus aguas sino en los pueblos mexicanos que unen ambas costas en una sola tierra y muchos climas.

Esa larga marcha de los pueblos originarios llegó en estos años nuestros, en la persona y en la voz de la comandante Esther,

hasta el Congreso de la Unión, ese congreso que no quiso oír; ése que sin los pueblos primero y todos nosotros después nunca habría tenido vida propia y podría desintegrarse en polvo y en ceniza como uniforme viejo que ya no se vistiera.

Si esa marcha milenaria caminante y navegante es cierta, ella sigue andando, aunque no lo sepamos, por dentro de las mexicanas y los mexicanos y aparece en ingenio, en modito, en violencia y ternura y en inteligencia.

Mucho sufrimiento, mucha astucia y un torrente de poesía —esa armonía del mundo en las palabras— y de utopía —esa armonía del mundo en las ideas— atraviesa la historia de esta tierra y de sus creaciones.

Ese México nos auguramos ver en *El pueblo mexicano*, la serie de TV-UNAM que hoy se nos presenta. Quiere esta serie mostrar, y ojalá así podamos verlo, ese caudaloso río de vidas humanas en sus creaciones: arquitecturas, músicas, conocimientos, sabores, artes, tejidos, invenciones y modos muy diversos, todos mezclados, de sufrir, de crear y de gozar los mundos de la vida.

Esta presentación es un adelanto de un proyecto cuya elaboración concluye en estos días. En la puerta del horno esperamos que los panes hechos con esta masa única vayan saliendo y que, aun si alguno de ellos en la vida real se nos ande quemando, podamos disfrutar la fiesta de imágenes, movimiento, colores y sonidos que ahora nos auguran.

Pues aunque estemos atravesando este hosco y trágico tiempo mexicano que nos arrastra junto con el mundo, seguimos viviendo y siendo el país de los mantos de pluma, de las altas torres de Matías Goeritz, Luis Barragán y Mario Pani, de los colores inusitados de Rufino Tamayo, de la poesía de José Gorostiza, Gilberto Owen y José Carlos Becerra y de la música del huapango de José Pablo Moncayo y el cantar de Lila Downs que acabamos de escuchar, el país de los innumerables rostros mexicanos que ojalá en esta serie vayan ustedes hallando y reconociendo.

POSDATA ESTRICTAMENTE PERSONAL

He vivido en ciudades: una en donde el rechinar del tranvía en la curva me despertaba en la madrugada; aquella otra donde, al abrir al rocío la puerta de mi pieza, al fondo del paisaje había la luz de un volcán nevado; aquella más donde un canal pasaba bajo mi balcón. En ninguna como en esta nuestra ciudad huraña de ojos abiertos y burlones me sucedió que cada día, todavía esta mañana, apareciese un colibrí en mi ventana. **U**

Texto leído en la presentación de la serie documental *El pueblo mexicano*, producida por TV-UNAM, en el Auditorio Simón Bolívar del Antiguo Colegio de San Ildefonso el 13 de octubre de 2011. Adolfo Gilly forma parte del Consejo Asesor Académico de esta producción.